

los otros” tiene como finalidad lograr acuerdos argumentados, deliberados, que en un momento dado permitan que nos fortalezcamos frente a ciertos disensos. Después de todo, intentamos vivir en sociedades democráticas. En la última parte del capítulo, Camps nos alerta sobre el papel que desempeña la educación en asuntos concernientes a la bioética. Para ella, esta disciplina es un “*work in progress*, un descubrimiento, algo que construimos entre todos puesto que se desarrolla a partir de una autorregulación colectiva y no hay ni debe haber expertos para ello” (p. 244).

Una vida de calidad es una obra escrita para un público amplio e ilustrado; es un libro informado sobre bioética: el trabajo de una filósofa que no se pierde en la petulancia de un lenguaje aparentemente especializado. Está destinado a aquellos que, de una manera u otra, se interesan en los problemas de bioética. Victoria Camps nos informa sobre las discusiones más relevantes, pone los temas y los agentes que intervienen en las decisiones sobre bioética en el lugar que les corresponde, ni más ni menos. Su libro nos lleva a reflexionar sobre las inmensas capacidades que tienen los seres humanos como agentes morales y como participantes en sociedades en las que la argumentación y el diálogo son bienvenidos.

Siguiendo temas ya tratados en libros anteriores, en *Una vida de calidad*, Victoria Camps nos hace pensar en la inagotabilidad de temas que se encuentran dentro de ese gran concepto que es el de “buena ciudadanía”. Así, nos dice: “La educación para la salud —que no debiera entenderse sólo como promoción de la salud— es, a fin de cuentas, una forma más de educación ciudadana” (p. 246).

PAULETTE DIETERLEN

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
 paudie@filosoficas.unam.mx

David Edmonds y John Eidinow, *Wittgenstein's Poker. The Story of a Ten-Minute Argument Between Two Great Philosophers*, Harper Collins, Nueva York, 2001, 340 pp.

El 25 de octubre de 1946 tuvo lugar en el salón 3, entrada H del edificio Gibbs del King's College, Cambridge, un inusual, extraordinario encuentro: se enfrentaron en una breve pero intensa y enconada discusión dos filósofos de origen austriaco, pero para entonces ya de nacionalidad británica: Ludwig Wittgenstein y Karl Popper. Por las personalidades involucradas, el botín filosófico disputado, las implicaciones del incidente y el uso que de él se hizo, dicho evento es todo menos banal. Este libro es una detallada reseña de dicho acontecimiento académico. A decir verdad, me parece inclusive que estoy siendo un tanto injusto: se trata más bien de una espléndida reconstrucción del mismo. De hecho, opino que esta obra bien puede ser considerada un paradigma de reconstrucción histórica. En particular, vale la pena enfatizar la feliz síntesis de minuciosidad y neutralidad lograda por los autores. Difícilmente podría un lector, por prejuicioso o tendencioso que fuera, detectar preferencias con

respecto a alguno de los contendientes y acusar a los autores de tener un *parti pris* por uno u otro (lo cual sin embargo no impide, como veremos más abajo, que de la mera descripción emerja la mala fe de uno de ellos). Es desde luego imaginable que los autores se hayan repartido el trabajo y que cada uno de ellos haya redactado lo concerniente al filósofo de su simpatía, pero en todo caso nada de eso es perceptible en el producto final. El libro se divide en 23 capítulos y contiene, además de un *Apéndice* y algunas cartas, unos muy útiles índice analítico y cronología, así como buenas fotografías, algunas de ellas muy poco conocidas (sobre todo de Popper, al igual que una de Russell).

El libro que aquí nos ocupa tiene la estructura de una investigación policiaca: se describen los hechos del caso, se examinan las declaraciones de los participantes, se rastrean conexiones, se interroga a los testigos, se descartan interpretaciones posibles, se examinan cartas, etc. Se nos narran inclusive algunas anécdotas nuevas de nuestros personajes, no directamente conectadas con el evento mismo pero las cuales ciertamente contribuyen a que se tenga una idea muy precisa de los diferentes estados de ánimo en que ambos asistieron al fatídico encuentro. Sería, pues, imposible no valorar el estupendo trabajo de contextualización del famoso incidente (excesivamente breve, desafortunadamente). Se pasan en revista los personajes involucrados (Bertrand Russell, Peter Munz, Richard Braithwaite, Stephen Toulmin, John Wisdom y algunos otros), inclusive aquellos dos conspicuos *fellows* de Cambridge que estuvieron ausentes, *viz.*, G.E. Moore y C.D. Broad. El conocimiento de las costumbres de la época, la familiaridad con la filosofía anglosajona y austriaca, la comprensión de los temperamentos y las trayectorias de los participantes en el duelo filosófico, todo ello descrito de manera brillante, hacen de la lectura de este libro un deleite de principio a fin. Bien, pero vayamos al núcleo del asunto: ¿qué cuadro nos pintan de eso que sucedió en aquella memorable fecha?

El tema del libro es, *casi* podríamos decirlo, la historia de una intriga. Aunque oriundos del mismo lugar y con evoluciones paralelas, Wittgenstein y Popper (unos 22 años menor) nunca se encontraron hasta el día fatal y, obviamente, nunca más volvieron a verse. Ello no deja de ser curioso: ambos eran de origen judío y ambos provenían de familias convertidas al protestantismo. O sea, si algo les era enteramente ajeno ese algo era el judaísmo de sus antepasados. Popper explícitamente lo repudió y Wittgenstein ha sido inclusive acusado de antisemita. En todo caso, independientemente de interpretaciones de escritos, notas, pronunciamientos y conductas, se trata de un factor común a ambos. Esto, empero, no es mera anécdota: debido a sus orígenes, ambos fueron víctimas de las leyes raciales de Nürnberg, si bien a diferencia de los Popper los Wittgenstein lograron, entre otras razones gracias a su inmensa fortuna, llegar a un arreglo con las autoridades alemanas (después de nada fáciles negociaciones, dirigidas por el mismo Ludwig) y se les concedió el *status* de “mezclados” (*Mischlinge*), con lo cual quedaron en lo esencial protegidos. La familia de Popper, en cambio, sufrió terriblemente después de la *Anschluss*, esto es, la anexión de Austria al Reich, en 1938. Por otra parte, sin embargo, además de la lengua y la filosofía el origen judío quizá haya sido el único elemento común importante en las vidas de Wittgenstein y Popper. Este último pertenecía a un medio de profesiones liberales, de clase media (su padre era abogado y un hombre al parecer

movido por causas progresistas); Wittgenstein venía literalmente de otro mundo, esto es, del círculo social más alto no sólo de Austria, sino de Europa. Curiosamente, sin embargo, Wittgenstein era profundamente nacionalista y germano, en tanto que Popper era (y en ello se fue radicalizando) abiertamente antinacionalista y más bien cosmopolita.

Es cierto que nuestros filósofos nunca se toparon en Viena, si bien hubo un periodo (finales de los veinte) en que eso hubiera sido factible. Popper mantenía relaciones profesionales con M. Schlick, quien orquestaba el célebre “Círculo de Viena” y que, como es bien sabido, era un admirador devoto de Wittgenstein. Él hubiera podido eventualmente organizar un encuentro entre ellos, como lo había hecho con otros miembros del “Círculo”. Hubo, sin embargo, un impedimento: la personalidad y las pretensiones del mismo Popper. En una reunión en la que éste había sido invitado a hablar, lo que originalmente había sido concebido como un comentario crítico al *Tractatus* rápidamente se transformó en una diatriba personal en contra de Wittgenstein.

Popper había menospreciado la filosofía de Wittgenstein desde su primer encuentro con ella, cuando era un joven estudiante, a principios de los años 20. Pero su desdén sólo se reveló a una audiencia más amplia durante un tormentoso encuentro en diciembre de 1932 — once años después de la primera publicación del *Tractatus* y cuando Wittgenstein ya estaba reconsiderando las posiciones que había expresado en él. Fue el momento decisivo de las ambiciones de Popper respecto al Círculo de Viena y tuvo lugar en lo que se conocía como el círculo Gomperz. (p. 168)

Muy molesto, a la mitad de la exposición Schlick abandonó la sala pues, como posteriormente explicaría, lo único que Popper había hecho había sido caricaturizar a Wittgenstein. En todo caso, fue por aquel entonces que se fraguó en Popper una feroz animadversión hacia un individuo que ni siquiera se había fijado en él, que lo habría desdeñosamente visto desde una cúspide social para él inaccesible y que, sin siquiera saberlo, le había cerrado las puertas de lo que muy probablemente era en aquel momento el grupo filosófico más distinguido de Europa.

Wittgenstein regresó a Cambridge en 1929, trabajó arduamente a lo largo de la siguiente década, fue voluntario en un hospital durante la guerra y volvió a la Universidad de Cambridge, en 1944, en lo que sería su última y breve fase académica (se retiró oficialmente en 1947). Durante este periodo quedó al frente del grupo de discusión de la universidad, el Moral Club, al que de manera natural empezó a moldear y en el que sistemáticamente acaparaba la palabra. Era tal su dominio en las sesiones que gente como Broad simplemente dejó de asistir a ellas. En 1946, Popper regresó de su exilio en Nueva Zelanda. Él había solicitado la ayuda de Moore para encontrar un trabajo en Inglaterra, pero como no se progresaba en los trámites y la situación en Austria era crítica, aceptó una cátedra en Nueva Zelanda tan pronto se le presentó la oportunidad. Fue, pues, en la tranquilidad de Oceanía donde redactó su aclamado libro *La sociedad abierta y sus enemigos*. Ese libro le abrió las puertas de Inglaterra, en donde se instaló a principios de 1946 como “Reader in Logic and Scientific Method”, en la London School of Economics. Y fue hacia octubre del mismo año que recibió una invitación del Moral Club de Cambridge para presentar “un artículo

corto, o algunas observaciones preliminares, enunciando algún enredo filosófico”. En otras palabras, un inadvertido contrincante había cándidamente invitado a un silencioso adversario que, desde las sombras, lo había venido siguiendo (por no decir “cazando”) durante años. ¡Qué mejor oportunidad que esa para, enfrente de todos (discípulos y rivales), “refutarlo” públicamente! Como Popper mismo dijo, él fue a Cambridge a deliberadamente “provocar” a Wittgenstein, esto es, a retarlo. Ahora bien, antes de describir la famosa escena del choque entre los dos filósofos, es preciso decir, sin embargo, algo acerca de otro filósofo de primera línea y crucial desde diversos puntos de vista para comprender bien la situación que estaba gestándose. Ese tercer factor era ni más ni menos que Bertrand Russell.

Si en relación con alguien resalta la imparcialidad y la objetividad en el libro, ese alguien es Russell. Aunque a grandes rasgos, éste es descrito y apreciado de manera tan equilibrada y tan justa que lo que el lector se lleva es una imagen mucho más fiel del personaje de lo que podría encontrar en, inclusive, biografías sobre él (como acontece, por ejemplo, con el monumental pero inútil trabajo biográfico de Ray Monk; véase mi reseña en *International Journal of Philosophical Studies*, vol. 6, no. 1, marzo de 1998). En cuanto a la compleja relación entre Russell y Wittgenstein, yo creo que podemos decir que tuvo tres grandes fases. Durante la primera, Wittgenstein fue al principio alumno y muy pronto colega de Russell. Esta fase terminó cuando se encontraron, en 1922, en La Haya, y juntos leyeron y discutieron (en lo que sin duda fue una fabulosa semana de disquisiciones filosóficas de alto nivel) la obra de Wittgenstein, escrita en las trincheras, el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Después dejaron de verse y en 1929 volvieron a encontrarse. De sus cartas podemos inferir que, por lo menos hasta 1935, prevaleció entre ellos respeto y mutua admiración, aunque ya no trabajaron juntos. Dos razones explican eso: primero, Wittgenstein estaba evolucionando filosóficamente de un modo que Russell no habría podido compartir y, segundo, de hecho Russell estaba alejado del mundo académico y no residía en Cambridge. Después vino el viaje de tres meses de Wittgenstein a la Unión Soviética, en 1935, y el de Russell a los Estados Unidos, en 1938, el cual duraría hasta 1944. Al regreso de Russell a Inglaterra, que es cuando se inicia la tercera fase de su relación y que dura hasta la muerte de Wittgenstein, en 1951, Russell se encontró, entre otras cosas, con una atmósfera filosófica a la que no sólo era totalmente ajeno, sino que le era abiertamente hostil. Esta última fase de su relación, por lo tanto, no podía ser más que de enfrentamiento y mutua decepción. De hecho, ni siquiera se saludaban cuando se encontraban. Pero dado que ambos eran hombres excepcionales y, a pesar de un serio y definitivo distanciamiento, se siguieron respetando hasta el último momento de sus vidas. No es, pues, de sorprender que, en la nota necrológica que produjera al morir Wittgenstein, Russell escribiera: “Llegar a conocer a Wittgenstein fue una de las aventuras más excitantes de mi vida.” Ahora bien, algo interesante e importante que los autores de este libro dejan en claro es que, a pesar de sus profundos desacuerdos en relación con múltiples temas, Wittgenstein nunca dejó de sentir respeto y admiración por Russell, su igual. “Se decía que Wittgenstein siguió teniendo más deferencia por Russell que por cualquier otra persona. Aunque él mismo se permitía regañar a Russell en público y criticarlo a sus

espaldas, aquellos de sus seguidores que lo imitaran recibían una severa reprimenda” (p. 52). Puede vislumbrarse ya cuál fue el verdadero conflicto aquella noche.

Por su parte, Popper admiraba ciegamente a Russell y lo consideraba el filósofo más importante desde Kant. Leía prácticamente todo lo que él escribía. Desafortunadamente para Popper, la relación nunca fue recíproca, ni personal ni filosóficamente. Russell nunca expresó el menor deseo de una relación más cercana, no digamos íntima, con Popper a quien, por otra parte, ciertamente respetaba y de quien se expresaba en términos elogiosos. En algún momento Russell escribió una carta de recomendación para Popper y reseñó también (a petición del autor) *La sociedad abierta y sus enemigos* (después de tener que pedirle una segunda copia por no encontrar la primera que le había hecho llegar). No obstante, nunca leyó a fondo el libro más importante de Popper, esto es, *La lógica de la investigación científica*. Independientemente de todo ello, Russell era potencialmente un aliado en lo que Popper imaginaba que sería un titánico duelo filosófico en el que él habría de hacerle morder el polvo a su temible adversario.

Con datos como estos y los pocos documentos que quedan, los autores reconstruyen magistralmente lo que podríamos llamar la ‘estrategia popperiana’. Una vez fijada la hora de la reunión, Popper de inmediato le escribe a Russell, quien lo invita a tomar el té a las 4:00 p.m. Obviamente, durante su conversación el invitado le plantea al anfitrión los contenidos básicos de su alocución. Aunque cuidadosamente preparada, la intervención de Popper se fundaba simplemente en notas y su título original era “Métodos en filosofía”. Muy probablemente, sin embargo, Russell dijo algo que hizo pensar a Popper, por lo que éste decidió en el último momento cambiar el título de su exposición en favor del que pasó a la historia, a saber, “¿Hay problemas filosóficos?” Al día siguiente, Popper le escribió a Russell reseñando el incidente de manera tal que Russell aparece en su carta como habiéndose confabulado con él. De manera que, como previsto, los escritos de Popper han sido interpretados de modo tal que resulta que habría sido Russell quien, insidiosamente, habría empujado a Popper al centro de la arena. Pero la respuesta de Russell echa por tierra dicha versión. “Luego, en el acuse que Russell hace de la carta de Popper posterior al encuentro, está la oración: ‘estuve totalmente de su lado todo el tiempo, pero no tomé mayor parte en el debate debido a que usted era plenamente competente para pelear su propia batalla’” (p. 283). Como bien señalan los autores, la carta indica que “Russell no se vio a sí mismo como si previamente se hubiera alineado con Popper” (p. 283). En todo caso, la famosa versión que encontramos en *Unended Quest* (la autobiografía de Popper) empieza a cobrar la forma de una invención, derivada de una especie de delirio obsesivo y la cual se aleja en puntos decisivos de lo que en realidad pasó.

Llegamos por fin, después de haber armado el escenario, a la reconstrucción del encuentro. A raíz de la conversación con Russell, Popper empieza por rechazar la forma de la invitación: él se considera a sí mismo un filósofo, no un especialista en enredos. Tiene que haber problemas genuinos en filosofía, puesto que si no él no sería un filósofo. El reto es lanzado y el guante de inmediato recogido por Wittgenstein, quien interviene para aclarar que esa es la forma usual de las invitaciones, pues el objetivo es evitar (por así decirlo) prefacios y entrar de inmediato en el tratamiento

del tema. Empieza entonces una áspera discusión, apenas recogida por un apurado secretario del club, en la que los tonos de voz van *in crescendo*. Básicamente, Popper acusa a Wittgenstein y su escuela de no rebasar nunca los preámbulos y de reservar la palabra 'filosofía' para ellos, cuando hay problemas filosóficos genuinos que requieren ir más abajo de la superficie del lenguaje. A los ejemplos que proporciona, Wittgenstein los descalifica en tanto que filosóficos y los exhibe más bien como de matemáticas puras o como sociológicos. El comentario escrito del secretario es más que elocuente: "Audiencia: no convencida por los ejemplos de Popper. Atmósf. Cargada. Grado inusual de controversia. Algunas en voz muy alta" (p. 269).

De pronto, como resultado de una reacción espontánea, Wittgenstein toma el atizador (*poker*) y lo usa, agitándolo, para enfatizar sus afirmaciones. Y es aquí que interviene el "tercer hombre", de hecho el único que habría podido hacerlo en dicha situación: "Wittgenstein, baja el atizador." Wittgenstein avienta el atizador y se detiene, pues tiene enfrente, también de pie y dispuesto a todo, a Bertrand Russell. Y entonces se dicen, de la manera más sucinta posible, algo que resume lo que quizá siempre habían querido decirse y no habían encontrado la oportunidad de hacerlo:

En un súbito momento de tranquilidad, Wittgenstein le estaba hablando.

"Tú nunca me comprendes, Russell." Había un sonido casi gutural en 'Russell'.

La voz de Russell, más intensa que de costumbre. "No, Wittgenstein, tú eres quien mezcla las cosas. Tú siempre mezclas las cosas."

Wittgenstein sale dando un portazo. (p. 271)

En su autobiografía, Popper afirma que, como ejemplo de problema filosófico genuino, él ofrece el de la caracterización y justificación de las reglas morales. Según él, Wittgenstein entonces le habría de inmediato pedido un ejemplo de regla moral, a lo cual él habría contestado: "No amenazar a los invitados con un atizador." En su versión, sería porque Wittgenstein habría imaginado que no estaba hablando seriamente que, perdiendo el control, habría abandonado el cuarto y, por ende, la pelea. Sin embargo, ahora sabemos que *no* fue eso lo que ocurrió. El ejemplo de regla moral se dio *después* de que Wittgenstein se había ido. Y este detalle es de primera importancia, por lo siguiente: deja ver que lo que realmente exasperó a Wittgenstein fue que Russell interviniera en su contra.

El intercambio ya señalado con Russell sugiere cuál fue el verdadero catalizador para la prematura partida de esa noche. Si alguien podía tocar a Wittgenstein personalmente, era Russell. Wittgenstein, siendo Wittgenstein, era impensable que se quedara allí por cortesía. Y esa semana se le había privado de su usual monólogo. Eso por lo menos se le debió a Popper. (p. 276)

Pero se sigue entonces que Popper no se equivocó, sino que simplemente *mintió* en su recuento de los hechos. Esto se confirma indirectamente cuando constatamos que Popper conscientemente induce al error cuando, seis años después, en una conferencia, afirma, hablando de Wittgenstein, "cuando lo vi por última vez" (p. 280). Sí, es verdad, esa fue la última vez: pero también fue la primera, por lo que, dadas las convenciones conversacionales usuales, él allí sugiere algo falso, a saber, que se

había visto con Wittgenstein en muchas otras ocasiones e insinúa que habría sido a raíz de tan agria discusión (de la que él, obviamente, había salido triunfador) que no se habían vuelto a ver, implicando de paso que Wittgenstein era un mal perdedor. Pero todo indica que no hay otra cosa aquí que la misma fantasmagoría mental y su característica megalomanía que llevaron a Popper a autoadscribirse el “asesinato” del positivismo lógico (y en verdad, aunque no explícitamente, del marxismo).

En todo caso, Popper tenía razones para sentirse decepcionado:

Quizá en Viena y en Nueva Zelandia, en contemplación solitaria, Popper había imaginado una confrontación así cara a cara. Filosófica y personalmente el premio no podría haber sido mayor. Se preparó cuidadosamente, estableciendo su línea de ataque, anticipando objeciones. Pero había cosas que no podía anticipar: semejante hostilidad desde un banco de estudiantes y, entre dicha hostilidad, el atizador. El impacto que agitar el atizador podría haber tenido en la audiencia de Cambridge no da la medida de su impacto sobre Popper. Ellos estaban acostumbrados a Wittgenstein — aunque aquella noche, inclusive de acuerdo con sus estándares, estaba particularmente agitado.

Luego Wittgenstein se había ido, inesperadamente y, aparentemente, debido a que alguien había dicho algo. La batalla no había terminado, no se había ni ganado ni perdido: simplemente se había evaporado. (p. 281)

Desde la perspectiva de Wittgenstein, las cosas naturalmente se veían de otro modo. En su único comentario, expresado en una nota a su discípulo y amigo Rush Rhees, habla de una discusión caótica y, refiriéndose a un tal Dr. Popper, de Londres, de un tonto que no sabe ni lo que afirma. Para él, por lo tanto, la confrontación con Popper no pasó nunca de ser un incidente menor, sin mayor importancia. (Aunque, también hay que decirlo, se sintió forzado a hacer él mismo, tres semanas después, una presentación en el Moral Club, “para corregir ciertos malentendidos acerca de la filosofía tal como la practica la escuela de Cambridge (*i.e.*, Wittgenstein mismo)” (p. 287).)

La reconstrucción de la gran (aunque frustrada) confrontación entre Popper y Wittgenstein viene adornada por multitud de detalles biográficos de ambos, de los conocidos comunes, etc. Incluye también la presentación de algunas grandes tesis y controversias filosóficas, como el debate entre el verificacionismo de los positivistas lógicos y el falsacionismo de Popper. La presentación de ideas filosóficas, por razones evidentes de suyo, no rebasa nunca un determinado nivel de generalidad y superficialidad. Esto, empero, no es importante porque el libro, estrictamente hablando, es de carácter histórico. Hay, empero, un punto filosófico general interesante que los autores enfatizan aprovechando el choque entre Wittgenstein y Popper y que de alguna manera apunta a un tema abierto: en filosofía ¿hay problemas o hay enredos, enigmas, perplejidades (*puzzles*)? En última instancia e independientemente de lo que haya pasado en aquella sesión, podemos todos quienes trabajamos en filosofía plantearnos el siguiente dilema: ¿somos popperianos o somos wittgensteinianos? Ciertamente en filosofía, como en muchos otros contextos, la alternativa no se puede simplemente eludir y hay que elegir.

El libro me parece casi impecable. Tiene quizá algunas, no muchas, omisiones importantes. Algún comentario con relación a las respectivas posiciones políticas de Russell (prooccidental) y Wittgenstein (prosoviético) de después de la Segunda

Guerra Mundial habría sido útil para completar con matices el cuadro. En relación con esto último, un libro cuya ausencia es notoria es el de K. Cornish, *The Jew of Linz*, el cual ni siquiera viene citado en la bibliografía. Pero aparte de minucias como esa, podemos decir que con este libro finalmente cae el telón sobre lo que fue un minimejodrama filosófico, sorprendentemente rico en implicaciones y que dio lugar a toda una variedad de especulaciones durante varios decenios. A través de una vívida narración en la que los autores hacen gala de perspicacia e imaginación, le queda claro al lector quién era quién en aquella embrionaria y malhadada polémica, haciéndoles con ello justicia de una vez por todas a sus principales protagonistas.

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
bassols@servidor.unam.mx

Enrique Pallares, *Perfiles de la cultura contemporánea. Filosofía de la cultura*, Universidad Autónoma de Chihuahua, Chihuahua, 2000, 172 pp.

Este libro es una extensión de la concepción ideacional de la cultura a cuestiones importantes presentes en el panorama social contemporáneo. Los tres primeros capítulos los dedica el autor a exponer su versión de dicha postura, la cual no difiere en sustancia de aquella presentada en nuestro idioma por Jesús Mosterín en *Filosofía de la cultura*.¹ Los dos restantes capítulos, junto con la segunda mitad del tercero, hacen frente a planeamientos recurrentes en la mayoría de los ámbitos del discurso social (*i.e.*, el relativismo, la identidad cultural, etcétera), si no es que en todos.

En el primer capítulo, el autor discute algunos significados asociados al término 'cultura', y extrae de algunos de ellos la concepción ideacionista. Como la mayoría de los defensores de este enfoque, las explicaciones vienen dadas en términos de sus respectivas semejanzas y diferencias con relación al paradigma biológico; es decir, se habla de la cultura como información transmitida socialmente, a diferencia de la información transmitida por medio de los genes; de igual forma, tal como existe una evolución por selección natural, también se habla de una evolución cultural, y así sucesivamente.

La información cultural se clasifica en tres tipos: a) descriptiva (información acerca del mundo); b) práctica (información acerca de cómo hacer), y c) valorativa (información sobre qué hacer). El lenguaje conceptual se considera el rasgo cultural más importante, ya que es a través de él como se transmite socialmente la información.

En el segundo capítulo, el autor explica cómo este lenguaje conceptual (el cual se distingue del lenguaje a secas porque permite no sólo comunicar, sino también pensar, y, según el autor, son lenguajes conceptuales tanto el lenguaje ordinario como

¹ Alianza, Madrid, 1993.